

Hans-Jörg Neuschäfer (Sarrebruck)

**Un episodio intercalado:
el morisco Ricote y su hija Ana Félix
(*Don Quijote II*, 54 y 63-66)**

El que Cervantes haya prescindido de episodios intercalados en la Segunda Parte del *Quijote*, es una afirmación que no se puede sostener de manera absoluta. Pues si bien es verdad que en sus primeros 50 capítulos no los hay, al final vuelven a aparecer y hasta se multiplican: la historia del bandolero Roque Guinart es una intercalación que, además, lleva otra dentro de sí: el caso de Claudia Jerónima, mujer vestida de hombre que mata de varios tiros a su amante porque cree que éste la ha engañado con otra. Y hemos de ver sobre todo la historia del morisco Ricote y de su hija Ana Félix. Todas estas intercalaciones han sido generalmente pasados por alto en la crítica cervantina, a pesar de que deberían, en el fondo, llamar especialmente la atención de los estudiosos. Precisamente porque Cervantes sabía que se le criticaba por los episodios de la Primera Parte, es imprescindible preguntarse por qué y con qué intención los vuelve a utilizar en la Segunda.

La historia de Ricote y de Ana Félix comienza, sin que don Quijote esté presente, en el capítulo 54 de la Segunda Parte y se reanuda — ésta vez en presencia del protagonista — en el capítulo 63 para terminar definitivamente en el 65. La historia tiene dos partes bien distintas: el capítulo 54 constituye la primera parte y presenta el caso de Ricote; los capítulos 63 a 65 forman la segunda con la historia de Ana Félix.

A primera vista, la historia de Ricote y de Ana Félix nada tiene que ver con la acción principal, si exceptuamos el ofrecimiento de don Quijote, pronto rechazado, a prestar su ayuda. La primera aparición de Ricote (cap. 54) ocurre cuando Sancho Panza, separado entonces de don Quijote, vuelve de su desafortunado gobierno en la ínsula. En el camino se encuentra con un grupo de peregrinos alemanes que piden limosna, no en especie, como malentendía Sancho (que ofrece pan y queso), sino en metálico: «¡Guelte! ¡Guelte!» quieren, pues los alemanes solían, por lo que nos comenta el narrador, aprovechar el peregrinaje a los santuarios españoles (que, según Cervantes, tenían «por sus Indias») para sacar oro de España. Es decir que pedían limosna con tanto éxito que al final de su viaje tenían «más de cien escudos de sobra» que cambiaban en oro. Y a pesar de que la exportación del oro estaba

prohibida y la vigilancia de las aduanas era severa, los alemanes se las agenciaron para pasarlo inadvertido.

Este comienzo, tan vivo, es característico de todo el episodio de Ricote que nos confronta — de pronto, yo diría incluso: inesperadamente — con uno de los acontecimientos más problemáticos de la actualidad política española: la expulsión de los moriscos. Y digo inesperadamente porque Cervantes, tan cauto normalmente en materia religiosa y política, describe aquí, sin rodeos y con muchos detalles conmovedores, un caso concreto que hace ver al lector el destino de los moriscos, no desde fuera, es decir desde el punto de vista «oficial», sino desde dentro, desde la perspectiva de uno de los afectados.

Efectivamente, no es Sancho el que descubre a Ricote, sino Ricote quien se descubre a Sancho, pues era irreconocible en su traje de peregrino. Tiene ya un largo viaje tras de sí. Primero había buscado asilo en Berbería, es decir entre moros, pero allí le trataron aún peor que en España. Luego había encontrado cobijo en Alemania, exactamente en Augsburgo, donde, según él, hay cierta tolerancia religiosa (Cervantes alude aquí, probablemente, a la «paz de Augsburgo» de 1555). Ahora vuelve a España, con mucha precaución, disfrazado de alemán, para llevarse a su familia y a un tesoro que había escondido en un lugar fuera del pueblo. Este pueblo resulta ser el mismo que el de Sancho. Ricote era allí tendero. Ambos eran vecinos, más aún: amigos, y hasta de hermanos se tratan cuando por fin se han reconocido. No hay ningún rechazo por parte de Sancho, ni siquiera recelo. Antes por el contrario: desde un principio reina una atmósfera de confianza entre ambos personajes. Ricote revela a Sancho incluso el secreto del tesoro, y aunque Sancho no va a ayudarlo a recogerlo, por no querer faltar a su rey, le advierte lealmente del peligro que corre y le asegura que jamás le descubrirá. Tan a gusto están los dos comiendo y bebiendo que Sancho olvida, incluso, los malos ratos que ha pasado en la ínsula.

No se diría de ninguna manera que Ricote y Sancho sean «distintos»: son del mismo pueblo, son amigos, hablan la misma lengua, son compatriotas, porque España, para Ricote, es su patria natural y él no tiene otro deseo que volver a ella. Estar en Alemania, en cambio, aunque allí le dejen en paz, no es lo suyo, en fin: no es más que un duro exilio. Hay más: mujer e hija de Ricote son «católicas cristianas» y aunque él no lo es tanto, por lo menos se siente «más cristiano que moro». A pesar de ello, mujer e hija han sido llevados a Argel, así que Ricote, al volver a España, se encuentra con la noticia (transmitida por Sancho) de que su familia está aún más lejos de él que antes.

Vemos, pues, como Cervantes nos presenta el caso del morisco Ricote no como algo «extraño», sino como algo «propio»; y como no inspira en el lector el rechazo, sino la compasión. A primera vista parece, incluso, que Cervantes no comparte la

política oficial del Estado español y que hasta la pone en tela de juicio. Pero si nos fijamos bien, nos damos cuenta de que no es así. Si bien es verdad que Cervantes — por un lado — demuestra aquí una liberalidad generosa, que le honra, al otro lado le hace aplaudir al mismo Ricote la política de la casa de Austria. Ricote «reconoce» que la fidelidad hacia España que profesan él y su familia es más bien excepcional y que la gran mayoría de sus correligionarios sigue practicando a escondidas sus ritos y lleva, en general, una vida dañina para la sociedad. Por eso Ricote no duda en calificar de «inspiración divina» lo «que movió a su Majestad a poner en efecto tan gallarda resolución»¹ como es la de expulsar a los moriscos. Vemos, pues, cómo Cervantes combina y justifica su comprensión, en un caso particular, precisamente con el reconocimiento de la regla general, que aparece tan fuera de duda que hasta el mismo Ricote la acata. Pero al otro lado hay que reconocer también que Cervantes no es de los a quienes les deja sin cuidado la suerte de los moriscos y menos aún de los que aplauden incondicionalmente su expulsión. El admite, por el contrario, que hay que estudiar caso por caso y que la justicia que se haga será tanto más grande como sea capaz de admitir atenuantes y de tomar en consideración excepciones si las circunstancias lo exigen. Esto mismo será precisamente el fondo de la segunda parte, donde se nos contará la historia de Ana Félix.

Estéticamente hablando, las dos partes son, por cierto, bien distintas. La primera parte era la descripción realista de un caso concreto, sin ningún adorno literario. Era todo lo contrario de la romántica «novela morisca» al estilo de *La historia de Abencerraje* y de *la hermosa Jarifa*, donde los moros eran personajes idealizados y respetados por los mismos cristianos. El relato cervantino, en cambio, es casi una documentación de las nefastas y muy reales consecuencias que tenía la represión y expulsión de los moriscos: pérdida de la identidad lingüística, nacional y cultural, dispersión de las familias por toda Europa y el norte de África, hostilidad de los autóctonos contra los que vienen a pedir asilo etc.

La segunda parte es mucho más literaria. Parece más a una novela bizantina que a un relato de acontecimientos plausibles, no solamente por las separaciones y los reencuentros de los personajes (que tenían, como hemos visto, su trasfondo real), sino también por los acontecimientos maravillosos que ocurren y por el feliz desenlace que tienen. El desenlace, sin embargo, tiene un significado ideológico muy concreto que completará la visión cervantina del problema morisco, esbozada ya en la presentación del caso Ricote.

El lugar donde se desarrolla la segunda parte es Barcelona. Don Quijote es recibido allí como un personaje famoso y está invitado, entre otras cosas, a visitar las

¹ El texto del *Quijote* se cita en la edición de J. J. Allen, vol. II, Madrid: Cátedra, 1990 (la página entre paréntesis; aquí pág. 435).

galeras reales en el puerto y a presenciar unas maniobras en ellas. Don Quijote, esta vez, está presente y observará, desde la cubierta de la galera capitana, todo lo que va a pasar — sin llegar a actuar en ningún momento. También estarán presentes las autoridades militares y civiles de Barcelona (entre ellos el mismísimo virrey), o sea los representantes del Estado español. Apenas han comenzado las maniobras, cuando es avistado desde el alto de Montjuich un bergantín de corsarios en alta mar. Las galeras españolas salen a capturarlo. Hay una corta escaramuza en cuyo transcurso mueren dos españoles a mano de dos turcos. A éstos y a toda la tripulación del bergantín se les conduce a tierra donde les espera la horca. Pero al aparecer el supuesto capitán del bergantín, en apariencia un bello mancebo, comienzan a ablandarse los corazones, sobre todo el del virrey. Y ¿cuál es la sorpresa de todos cuando se descubre que el bello mancebo es una mujer (otra mujer vestida de hombre) y que esta mujer no es otra que Ana Félix, la hija de Ricote, reconocida en seguida por su padre (que, mientras tanto, se encuentra también entre los presentes) en una emocionante escena de anagnórisis? Ahora le toca a Ana Félix relatar su historia: La habían llevado a Argel a pesar de haber revelado su condición de cristiana católica. Gracias a Dios no estaba sola: la acompañaba don Gregorio (curiosamente ya no se habla de su madre), mayorazgo de un rico cristiano viejo y fiel pretendiente suyo al que no le importaba mezclarse con los expulsados (como no le importaba al amante de la Gitanilla mezclarse con los gitanos). Grande era el peligro que corrieron los dos en tierra de moros, pues el rey de Argel se había fijado en seguida en la extraordinaria belleza de Ana Félix. Esta, muy prevenida, disfraza primero a Gregorio de mujer (porque sabe que entre moros no son menos apreciados bellos mancebos que bellas mujeres) y apaga luego la lujuria del rey despertando en él otra pasión más fuerte aún: la de la codicia que se enciende en él al enterarse de la existencia del tesoro familiar. En fin: para traer el tesoro y para rescatar con él a Gregorio ha sido enviada Ana Félix a España a bordo del bergantín, vigilada por aquellos turcos que dieron muerte a los dos españoles. Aquí termina la historia de Ana Félix.

Naturalmente queda todo el mundo — las autoridades también — admirado con las aventuras de Ana Félix. Todos reconocen plenamente su extraordinaria energía y su probada virtud. Todos quieren ayudarla. Ana Félix es puesta en libertad, y hasta a los turcos se les perdona, bajo la impresión del relato, la vida. Don Antonio, uno de los señores principales de Barcelona, amigo del virrey y anfitrión de don Quijote, aloja padre e hija en su casa, reintegrándoles así ya de hecho en la sociedad cristiana. Con su ayuda, con una tripulación de la marina española y con los fondos económicos de Ricote, se rescata por fin a Gregorio, de modo que al final se han reencontrado padre con hija y amante con amada. Para recompensar aún más la virtud de los

tres, don Antonio solicitará en su próximo viaje a Madrid como favor especial de su Majestad que Ricote y Ana Félix puedan quedarse en España, pareciéndole «no ser de inconveniente alguno que quedasen en ella [España] hija tan cristiana y padre, al parecer, tan bien intencionado.» (524).

Con esto nos encontramos, de nuevo, con el problema de los moriscos. El caso que se nos presentó en la primera parte, en el relato de Ricote, como especialmente conmovedor, aparece ahora, al final de la segunda parte, solucionado, gracias a la virtud de todos los implicados, pero también gracias a la liberalidad, la generosidad y el sentido de justicia de las autoridades españolas. Ahora vemos también que las dos historias, la de Ricote y la de Ana Félix, forman las dos partes de una sola dialéctica ideológica que permite a Cervantes tratar un tema tan problemático como el de los moriscos de una manera liberal y a la vez estrictamente legal: por un lado presenta (sin meterse en la problemática general) un caso concreto que despierta la compasión de los lectores. Y, por el otro, nos muestra una autoridad que es capaz de convertir esa compasión en un acto de justicia comprensiva, precisamente porque se trata de un caso único o sea de una excepción. La impresión que se desprende de todo esto es que en España hay, por un lado, una firme voluntad de defenderse contra los enemigos de la fe, pero que a la vez existe también un espíritu de justicia capaz de hacer concesiones si las circunstancias lo permiten.

Hasta aquí el sentido intrínseco del episodio morisco. ¿Pero cuál es entonces su función dentro del contexto de la acción principal y precisamente al final de ella? Que esta pregunta no está fuera de lugar, se ve precisamente en otras historias intercaladas, de cuya vinculación formal y/o temática con la historia de don Quijote he tratado en otros trabajos.²

En cuanto a la historia del morisco Ricote y de su hija Ana Félix veo dos posibles conexiones. En primer lugar constituye esta historia intercalada un fuerte contraste con la acción principal. En ésta se trata generalmente de problemas ficticios y muchas veces ridículos. Así ocurre todavía en el duelo entre don Quijote y Sansón Carrasco alias El Caballero de la Blanca Luna que tiene lugar en la playa de Barcelona mientras los amigos de Ricote y de Ana Félix esperan la vuelta del bergantín que ha sido enviado para liberar a Gregorio. La historia intercalada, en cambio, contiene un problema real y muy grave: nada menos que el problema de los moriscos, el más acuciante en el reinado de Felipe III. Don Quijote queda com-

² Véase Hans-Jörg Neuschäfer: «'El Curioso Impertinente' y la tradición de la novelística europea», en: *Nueva Revista de Filología Hispánica* 38 (1990), págs. 605-620; «'Intertextualität bei Cervantes': die Funktion der Marcela-Episode im 'Don Quijote'», en: *Cahiers d'Histoire des Littératures Romanes / Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte* 20 (1996), págs. 227-238. Un libro sobre todas las historias intercaladas está en preparación y saldrá en breve.

pletamente al margen de esta historia: cuando Sancho encuentra a Ricote, está en otro lugar; y cuando se trata del caso de Ana Félix, no puede contribuir en nada a su solución. Y no puede contribuir porque el problema de Ana Félix y de su padre no está al alcance de quiméricas ideas caballerescas, sino sólo al de una acción conjunta entre gentes y entidades que disponen de lucidez y además de poderes reales: Ricote de su capital, las autoridades de las fuerzas navales y de un espíritu de justicia que se basa precisamente en una valoración serena de todos los hechos, no en una idea fija preexistente. Parece, pues, que la historia de Ricote muestra, una vez más, el abismo que está entre la locura de don Quijote y los problemas del mundo real.

En segundo lugar se puede leer el episodio como la historia de un «regreso a la patria». Cervantes nos hace ver en él que si bien en Alemania existe cierta tolerancia religiosa, la verdadera salvación la encuentran Ana Félix y Ricote solamente en la vuelta a España y al seno de la fe católica, la única que combina «integridad de justicia» con «espíritu de misericordia» (513). Por ello creo que no hay solamente *táctica*, sino también firme convicción por parte de Cervantes, cuando, repetidamente, hace alabar a Ricote la política de Felipe III: «¡Heroica resolución del gran Filipo Tercero, e inaudita prudencia en haber encargado nuestra expulsión a don Bernardino de Velasco!» (525).

Ahora bien: Este «regreso» a nivel del episodio intercalado coincide con otro regreso, otra vuelta y otra salvación a nivel de la acción principal. Pues justamente cuando vuelven para salvarse Ana Félix y su familia, aparece en la playa de Barcelona el caballero de la Blanca Luna, para retar a don Quijote, no con el fin de burlarse una vez más de la quimérica caballería andante, sino con el firme y serio propósito (que esta vez sí se lleva a cabo) de obligar a don Quijote a que *vuelva* a su pueblo, a que vuelva en sí, a que recobre su identidad como Alonso Quijano el Bueno y a que salve su alma. A Sansón Carrasco le mueve, pues, ahora un espíritu cristiano, que es el de echar una mano al prójimo que se encuentra en peligro. Así lo justifica textualmente delante de don Antonio Moreno que, como los otros personajes principales de Barcelona, el virrey incluido, está al principio desilusionado por perder, con don Quijote, un excelente pasatiempo. «¿No veis, señor — dice don Antonio a Sansón — que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de don Quijote a lo que llega el gusto que da con sus desvaríos?» (522). Y Sansón que contesta: «Soy del mismo lugar de don Quijote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve a que le tengamos lástima todos cuantos le conocemos, y entre los que más se le han tenido he sido yo; y creyendo que está su salud en su reposo, y en que se esté en su tierra y en su casa, di traza para hacerle estar en ella [...] para que vuelva a cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo, como le dejan las sandeces de la caballería» (521-522).

Es verdad que esa *vuelta* no es todavía voluntaria, sino, por el momento, impuesta por Sansón Carrasco. Pero si éste, aquí, pasa por encima de la voluntad de don Quijote, no lo hace por desprecio a su personalidad. Al contrario: precisamente porque la valora con todo el respecto, se permite actuar como lo haría el médico con el enfermo: le obliga a ponerse sano en una circunstancia, en la que al enfermo le falta la capacidad de *quererlo* por su cuenta.

Aquí, precisamente, se encuentra la conexión entre episodio y acción principal y se hace patente por fin el porqué Cervantes ha introducido el episodio de los moriscos en la novela: De la misma manera que los señores principales de Barcelona (en este caso completamente cuerdos) ayudan a Ricote y a Ana Félix a que vuelvan a la patria y a la fe verdadera, ayuda Sansón (contra el deseo de esas mismas autoridades, que, en este caso, se muestran tan irresponsables como cualquier hijo de vecino) a don Quijote para que vuelva en sí y sane de una enfermedad que hace peligrar su alma. La locura o aberración caballerescas de don Quijote y la necesidad de curarla aparece así como un asunto tan serio y tan importante como la locura o aberración (o *enfermedad*) religiosa de los moriscos que se cura solamente con la reinsertión en la comunidad de los creyentes católicos. La misma comunidad en la que se reintegrará don Quijote cuando, al final de la novela, haya abjurado *su desviación* delante del cura que le confiesa y delante de sus familiares y amigos que dan fe de su *re-conversión*.